## MI TESORO DE RECUERDOS

## EVOCACION DE LA DURADERA AMISTAD ENTRE DOS TOLEDOS

Cuando yo era un niño muy joven, mi madre me regaló un librito de poesías, queriendo animar mi vida con un pasatiempo más cultural que el juego del escondite. Unos meses más tarde, mientras que una ventisca estaba cubriendo con un manto de nieve todos los escondites al exterior, me escondí en mi alcoba. A los pocos segundos oí la voz de mi madre:

—¡Oye, Donald! Todavía no has tocado el librito que te di en agosto. ¿Verdad?

Gruñí algo que pasó por contestación y con mucha cautela saqué del armario la esperanza cultural de mi madre. Leí varios poemas, cuyos títulos no me sonaron demasiado académicos y cuyas palabras no me escondieron el sentimiento.

Ahora, casi sesenta años más tarde, he olvidado completamente todos los poemas de ese librito, con excepción de uno que llevó el título «Mi Cajita de Recuerdos». En este poema, el poeta, cuyo nombre no me queda en la memoria, describió un viaje que había hecho en su juventud. Sin embargo, cuando llegó a ser adulto, el bardo descubrió que, al pensar en el viaje después de tantos años, sus recuerdos eran muy caprichosos. Los acontecimientos espectaculares y los grandiosos panoramas del camino no eran los primeros recuerdos que vinieron inmediatamente a su ánimo. Al contrario, notó que los recuerdos que volvieron los primeros a la memoria eran casi siempre sencillos, inesperados, impremeditados.

Por ejemplo, aunque hubiera visto durante sus peregrinaciones caras por millares, el poeta evocó al instante la de un pobre viejecito que de repente había aparecido al borde de una arboleda. La ojeada había sido muy breve y la cara, además de parecer curtida por el sol, era vulgar. Pero, sin razón, la cara de ese desconocido produjo en la mente del viajero una impresión más duradera que todas las demás caras observadas durante el viaje. En otro verso, el poeta dijo que había visto a lo largo de su ruta un millón de casas. A pesar de eso, se acordó primero de una casita rústica con lámpara en la ventana. ¿Por qué esa casita? Era un capricho de la mente, pensó para sí el poeta. Asimismo, en varios lugares el joven había conversado con muchos extranjeros, pero una noche en una cantina habló con un tímido mozo que deseaba hacerse pintor. La conversación le hizo una impresión que quedó imborrable en la memoria del poeta. Así eran sus recuerdos, largos años después de su viaje; y así son los míos muy a menudo, tras de mis viajes.

Cuando, por ejemplo, se menciona Cádiz, mi recuerdo instantáneo no es ni la catedral ni el puerto, los cuales conozco bien y admiro. Mi primer recuerdo evoca un árbol en un parque de la ciudad. Ese árbol había sido cortado en espiral. Es verdad que no era una cosa espectacular, pero no importa eso. Era para mí el primer árbol en forma de tirabuzón que yo había visto en toda la vida, y queda hasta el día de hoy como mi primera imagen mental de Cádiz. Y es lo mismo cuando pienso en otras ciudades de España. Granada: Un señor que levantó en el aire un botijo y bebió el contenido sin mojarse los labios. Segovia: El Alcázar y un pajarito que se estaba balanceando por encima de la torre. Sevilla: Vívidos fuegos artificiales a medianoche en la plaza. Estos son mis instantáneos recuerdos, cuando oigo los nombres de estas ciudades. Siempre los otros recuerdos de cada sitio vienen tras de estos primeros.

En cuanto al Toledo de España, el nombre evoca en seguida, para mí, un autobús. Y la verdad, lo importante no es el autobús, sino la conversación que tuvo lugar dentro. Hay que añadir al instante que no he olvidado las demás tertulias agradables que me han divertido tanto en la Imperial Ciudad, pero esa singular conversación en el autobús, siendo a un mismo tiempo informativa y significativa, es el recuerdo que aparece involuntariamente y de inmediato en mis pensamientos, cuando se repite el nombre de Toledo de España.

La conversación ocurrió hace muchos años, durante una excursión al norte de Toledo. Con un grupo de toledanos, unos del Toledo de España, otros del Toledo de Ohio, yo había pasado un día inolvidable en Sonseca. Regresando a Toledo, yo estaba sentado en el autobús al lado de D. Pablo Rodríguez Dorado, el amable fotógrafo cuyos amigos se acuerdan de él con tanto cariño. Durante la jornada habíamos visto tierras y monumentos que han sido importantes en la larga historia de España y al mismo tiempo en la de Toledo.

- —Fontaine —dijo Pablo, empleando el nombre que siempre prefería—, ¿has oído el viejo dicho: «Si tienes doce horas para conocer España, pásalas en Toledo»?
- —Hasta aquí. no —contesté—, pero conozco algo de la historia de la ciudad y, habiendo visto sus extraordinarios monumentos. estoy completamente de acuerdo con el dicho. Es buen consejo.
- —¿Sabes, Fontaine, que la historia del Toledo español comenzó antes de Jesucristo y que pasó a ser una ciudad importante del Imperio Romano?
- —Por supuesto, lo sé bien. Por eso apenas me atrevo aludir a la «antigüedad» de mi Toledo, que no llegó a ser ciudad incorporada hasta el año 1837.
- —¡Ah! Yo podría darte esa fecha. No olvides que yo era miembro de la comisión española que en 1962 pasó una semana en Toledo, Ohío. Se celebró en aquel año el aniversario ciento veinticinco de tu ciudad. ¿Antigüedad? —preguntó don Pablo en broma—. ¡Poco más de un siglo!
- —Pero para nosotros es mucho tiempo; para vosotros es poco tiempo. ¡Por Dios, Pablo! En vuestra gloriosa ciudad vosotros tenéis derecho a celebrar dos mil años de historia escrita.
- —Claro —comentó don Pablo—, y durante los dos mil años los varios habitantes de la ciudad han escrito esa historia en su propio idioma: latín, árabe, hebreo, castellano.
- —He visto los monumentos de estos habitantes —dije—. El Toledo de España, conservando las memorias de los siglos, siempre me parece un espejo que refleja las edades.

Luego siguió una larga discusión de la historia de la Imperial Ciudad. Don Pablo probó que era historiador. Yo escuché con interés su comentario y aprendí nuevamente mucho acerca de la historia y de la cultura de una ciudad que, desde hace mu-

chos años, tiene mi admiración más sincera. Entonces mi amigo Pablo se echó a reír y dijo:

- —¡Válgame Dios! Fontaine, yo hablo demasiado. Es lo que pasa siempre cuando hay una discusión que trata acerca de mi Toledo. A partir de este momento tú vas a hablar del otro Toledo, que también tiene derecho de vanagloriarse a causa de una rica historia. En tu ciudad hay monumentos históricos que...
- —¡Ay! El adjetivo «histórico» es una palabra muy relativa —interrumpí yo—. Tú acabas de hablar de vuestros monumentos, que se construyeron hace muchos siglos. Siento que en el Toledo norteamericano no podamos apreciar del mismo modo lo pasado. Allí es posible señalar edificios que, aunque tienen poco más de cien años, han sido declarados monumentos históricos. Nosotros admiramos muchísimo esos antiguos monumentos toledanos, y quedamos estupefactos ante la presencia de los restos de nuestros antepasados. Con la boca abierta estudiamos las placas de bronce en las fachadas. Estamos siempre un poco sorprendidos de que los monumentos más antiguos no se caigan tendidos en el suelo, al recibir el tiento más afectuoso del turista curioso y sentimental. Por todos lados hay letreros que avisan «Peligro», «No toque», y hasfa «No estornude» —dije yo, esperando que don Pablo no me tomaba en serio.
- —¿Y con qué construyeron los primeros toledanos aquellas históricas ruinas? —preguntó don Pablo, tocándome en el hombro—. ¿Papel?
- —La papelería ya se habría caído. Pero la verdad es que construyeron con la madera de los bosques los primeros edificios. Más tarde comenzaron a hacer ladrillos, porque muy cerca se hallaron muchos gredales. Algunos edificios de este material han durado bastante bien; es decir, más de cien años. Tales monumentos gozan de gran prestigio en todo el Estado de Ohío, porque se sabe que en los estados más al Oeste hay monumentos históricos que no tienen tantos años.
- —¡Vaya! —exclamó don Pablo sonriendo—. ¿Cómo se explica que hace tres años yo pudiera escaparme de tu Toledo sin una placa de bronce por el cuello?
- Bueno, es porque tu nombre español es demasiado largo.
   Y el bronce es muy costoso.
  - —¿Por qué no omitisteis «el distinguido» y «señor» y «don»?

Refiriendo al Toledo de Ohío, el fotógrafo empleaba frecuentemente las palabras «la ciudad hermana». Me dijo que la ciudad hermana le parecía muy representativa de la vida, la economía y la cultura de los Estados Unidos. Luego, repitiendo el dicho mencionado antes, me aconsejó invitar a quien tiene doce horas para conocer los Estados Unidos, a pasarlas en la ciudad hermana de Ohío. Le dije que sería justo, explicando que la ciudad homónima está situada en una región que de vez en cuando es llamada «el corazón del país». La mitad de la población de los Estados Unidos se halla dentro de 800 kilómetros de Toledo. El sitio, en el valle del río Maumee, ha sido desde la fundación de la ciudad muy conveniente para el transporte, las industrias, el comercio y todo lo que es necesario para el desarrollo de una urbe. En las crónicas históricas de los Estados Unidos se relatan muchos acontecimientos históricos, que tuvieron lugar en el valle y en las tierras contiguas. Pablo Rodríguez tuvo razón al decir que el Toledo de Ohío es una ciudad digna de la atención de quien tiene muy poco tiempo para conocer los Estados Unidos. Es una urbe representativa del progreso y del espíritu de las ciudades norteamericanas. Continuando la conversación, le dije a don Pablo:

-Como muchas ciudades de los Estados Unidos, la población de mi Toledo está formada por gentes de muchas razas y muchos credos. Es posible que no sepas que la ciudad tiene fama de ser un centro favorecido por los extranjeros que vienen de otros países. Estos dicen que nosotros les recibimos con agasajo y sincera amistad, dando una calurosa bienvenida que no se encuentra muy a menudo. Las grandes ciudades son, por lo general, indiferentes a los extraños. El Toledo yanqui está muy cerca del lago Erie, uno de los Grandes Lagos, y es un puerto internacional de mucha importancia. Muchos buques de carga llegan diariamente durante la mayor parte del año, y despliegan las banderas de muchos países del mundo. Mi Toledo aceptó hace muchos años la responsabilidad o, por mejor decir, el privilegio, de dar no sólo la bienvenida, sino también un poco de seguridad a los marineros, especialmente los jóvenes, que llegan con los barcos. Poco después de desembarcar, éstos descubren que en el muelle hay un club para los marineros extranjeros. Aquí, los marineros de muchos países hallan refrescos, recreo, música y televisión. Hay libros y revistas en varias lenguas. Si necesitan los recién llegados información tocante a la ciudad, a las tiendas, o a los restaurantes, se puede conseguir en el club. Aunque, por lo general, los barcos no se quedan mucho tiempo en el puerto, casi siempre los marineros tienen un rato libre que pueden pasar gozando de la hospitalidad de la ciudad. Muchos aprovechan las excursiones arregladas por el club.

- —Es un programa de mucha importancia —dijo don Pablo—. Durante mi estancia en tu Toledo, la Sra. Katherine Leslie me habló del club. Es su directora, ¿verdad?
- —Sí, la idea de Mrs. Leslie era organizar el centro para los muchos marineros extranjeros que se hallan en una ciudad desconocida. Ella trabaja desde hace años para asegurar el éxito del club.
- —Creo que muchos europeos olvidan que el Toledo norteamericano es un gran puerto internacional. En el mapa parece que está situado muy lejos de la costa —comentó don Pablo.
- —De veras está muy lejos —dije yo—. Pero los barcos que llegan a Toledo tienen que pasar por el río San Lorenzo y un magnífico sistema de canales.
  - -¿Has visto barcos españoles? -preguntó don Pablo.
- —Claro, y Mrs. Leslie me dijo que no les gusta a los marineros españoles la pronunciación americana de «To-li-do». Muchos rehúsan pronunciar así un nombre muy conocido en España.
- —¡Bravo! Mis compatriotas creen que el castellano es más suave.
- —Y estoy de acuerdo —dije yo—. También para los extraños hay en mi Toledo el Instituto Internacional. Ese excelente
  centro recibe fondos de la ciudad, y sus servicios ayudan a mucha gente. El director me dijo que los nombres que se hallan
  en el registro representan unas ochenta nacionalidades del mundo. En el ambiente amistoso del centro se ofrece, a los que vienen del extranjero, muchas actividades y toda clase de ayuda.
  Los que no hablan inglés pueden asistir a las clases de inglés
  ofrecidas por el Instituto. De vez en cuando el centro presenta
  programas de bailes folklóricos y siempre son excelentes. No
  hay duda que los propósitos del Instituto significan mucho de
  bueno y de felicidad a los extraños, sea a los que nos visitan por

poco tiempo o sea a los que quieren ser ciudadanos americanos. Es un programa estupendo.

- —Ya lo creo —comentó don Pablo—. Con respecto a lo que dices, voy a describir algo que vi en el Toledo de Ohío. Una tarde, yo estaba en coche con mis anfitriones americanos, cuando pasábamos por un barrio pintoresco de la ciudad. De repente vimos en una plaza a un montón de gente, grandes y chicos, y noté que algunos llevaban los vestidos folklóricos de Hungría. Entre la multitud se veían unas cuantas banderas de Hungría y de los Estados Unidos. Nos paramos para escuchar la música de algunos artistas que estaban tocando aires nacionales. Los jóvenes bailaban: los padres cantaban y aplaudían. Me sorprendió mucho ver en Ohío una vistosa fiesta húngara.
- -Pero, Pablo, cada verano se ven estas brillantes fiestas -dije yo-. También hay fiestas para los polacos, los franceses, los mejicanos, los griegos, los búlgaros, y otros grupos étnicos. La fiesta de los alemanes es, probablemente, la mejor conocida; hay muchos alemanes en Toledo. Gracias a esas fiestas, los ninos de cada grupo étnico conocen algunas tradiciones del Viejo Mundo, de donde emigraron en otros tiempos sus abuelos. Muchos participantes lucen trajes tradicionales, y hay siempre numerosas mesas, cargadas con la cocina del país representado. Además de estas fiestas nacionales, cada año, en mayo, tiene lugar en nuestro gran Palacio de Deportes, la Fiesta Internacional de Toledo. Durante los tres días de la fiesta, representantes de unas cincuenta naciones participan en el programa de actividades. Hay exposiciones de productos típicos de los varios países. Hay muchos pequeños restaurantes, que ofrecen una lista de platos internacionales. Y siempre se oye la música de muchas culturas diferentes, y se puede ver una variedad de bailes. El año pasado, más de cincuenta y ocho mil personas asistieron a la fiesta, que ya se considera una de las más grandes del país.
- —A mí me parece que en la ciudad hermana se han mezclado los patriotas de muchas nacionalidades, y ahora todos son americanos —comentó don Pablo.
- —Es verdad. Y de la mezcla hemos emergido como una gran urbe, unificada y con oportunidades para todos.
  - -Tú no has mencionado una fiesta española. ¿No hay?

-Siento mucho que falte una fiesta española, como las que he visto en España. Pero no tenemos en el Toledo yanqui residentes que hayan venido recientemente de España. Oye, Paolo, hay muchos españoles en mi país, pero los españoles que llegaron hace siglos y que se quedaron en la América del Norte eran muy previsores. No construyeron sus casas en el valle del Maumee, porque supieron que allí tendrían durante seis meses del año indios en el patio y nieve en el techo. Por eso, los españoles de aquellos años construyeron sus casas en Florida o en el sodoeste del Continente, donde durante todo el año hay pájaros en el patio y sol en el techo. Desde entonces no ha venido una multitud de España. Por lo tanto, se dice en mi país que vosotros en España sois americanos que se han quedado en España. Pero te digo que en los Estados Unidos nosotros no hemos olvidado que tiempo ha muchos intrépidos exploradores salieron de España y dieron al Mundo Viejo un Nuevo Mundo.

—Y más tarde, tu ciudad descubrió en el Mundo Viejo un nombre, y este nombre se oye hoy día en el Nuevo Mundo —dijo don Pablo.

—¡Claro! Por eso, con orgullo repetimos nosotros el histórico nombre de tu Toledo. ¿Sabes que hay más de veinte ciudades en varios países del mundo que han escogido el mismo nombre? No admite duda que éste fue inspirado por el prestigio universal de la antigua ciudad de Castilla. Y no hay duda que a causa del nombre, los dos Toledos son hoy ciudades hermanas, con comités de relaciones.

Unos momentos más tarde, el autobús llegó a la cima de un cerro. Al instante, don Pablo señaló a lo lejos las luces de la Imperial Ciudad recostada orgullosamente en esa estupenda roca erguida sobre la Meseta. Al ver las torres y las murallas, yo no sentí las emociones de quien en el extranjero se acerca de un lugar ignoto, altivo, indiferente. Por el contrario, yo conocía la ciudad en la distancia, y yo tenía muchos buenos amigos detrás de aquellas murallas. Más allá me estaba esperando una calurosa bienvenida. ¿Cémo lo sabía yo? Lo sabía porque íbamos a entrar en la ciudad homónima, donde existen desde largos años muchos lazos con mi hogar.

Muy tarde ya, esa noche, salí solo del Hotel Carlos V para

pisar las callejuelos retorcidas y encantadoras del Toledo español. Lo que acababa de discutir con don Pablo durante la vuelta de Sonseca quedó muy vivo en el ánimo. Siempre, cuando me hallo en las ciudades que han conservado sus herencias ilustres, me gusta ver sus calles y sus monumentos bajo el silencio y el misterio de la noche. Es entonces cuando se siente mejor el peso y la importancia de la Historia.

A los pocos minutos de caminar me encontré frente al Alcázar, donde me paré en la plaza para admirar la restauración. En otro tiempo yo había visto el valiente monumento cuando yacía en ruinas. Avanzando paso a paso en la plaza, descubrí de nuevo las vistas pasmosas que se revelan desde la eminencia.

Me dirigí luego a la plaza de Zocodover, que estaba vacía. Al entrar en la plaza me gustó saber que durante los días de la visita del grupo americano, mucha gente vería allí la bandera de los Estados Unidos al lado de la de España. Yo sabía que las dos banderas ondeaban del balcón del Ayuntamiento, en honor de mi ciudad y de la amistad internacional entre nuestros dos Toledos.

Me acerqué pronto a la magnífica Catedral de Toledo, cuyas dimensiones siempre me dejan atónito. Contemplando las piedras de la fachada principal me acordé de una piedra especial, que hace años fue sacada de esta catedral para ser instalada en un lugar de honor en la catedral de mi Toledo. Esa piedra, la cual fue presentada a nuestra catedral durante las obras de construcción, lleva una inscripción que he leído muchas veces y que sé de memoria: «De la vieja Catedral de Toledo, España, siglo xiii, a la nueva de Toledo, Ohío, siglo xx».

Anduve finalmente por la calle que se llama «Calle de Toledo de Ohío». Al ver estas palabras, yo apreciaba profundamente el honor que en 1934 se hizo a mi Toledo por el Concejo y Municipio, al dar a una de las calles ese nombre.

Durante mi paseo nocturnal todo era muy conmovedor. Yo era un americano en una ciudad española. Pero cuando se observan personalmente tales manifestaciones de las relaciones que unen nuestras dos poblaciones, y cuando se puede conocer de cerca la amistad y la generosidad de un pueblo en extremo hospitalario, no puede sentirse uno extraño en el Toledo de España.

En ambos Toledos, la mayor parte de los vecinos saben que, desde hace mucho tiempo, las ciudades homónimas han sido unidas por relaciones amistosas. En mi Toledo se cree que no hay en los Estados Unidos, y posiblemente en todo el mundo, otro programa de relaciones, reconocido oficialmente, que haya durado más años que el programa que une al Toledo norteamericano y el Toledo español. En 1981 podremos celebrar en las dos ciudades el cincuenta aniversario de las relaciones recíprocas. Según los archivos aprovechables, ninguna otra ciudad de los Estados Unidos podría celebrar tal aniversario.

A pesar de esta rara distinción, muy pocas personas en uno u otro Toledo conocen la historia de los orígenes de las relaciones que son dirigidas en ambas ciudades por comités adecuados. Asimismo, es posible que no haya muchos toledanos en Ohío o en España que sepan porqué una ciudad, en Ohío, lleva el nombre de una ciudad en España. Igualmente, no se sabe virtualmente nada de la historia del Toledo yanqui. Por eso voy a relatar brevemente, en las páginas siguientes, los acontecimientos más importantes que tocan a estas historias.

El Toledo norteamericano está situado al norte de Ohío, en el valle del gran río Maumee. Cuando llegaron a ese valle los primeros exploradores franceses, en 1615, la región era un yermo frecuentado por tribus de indios. Esos indígenas comenzaron pronto a resistir a la corriente civilizadora que, encauzándose más y más hacia el Oeste, iba a amenazar su modo de vivir. Por lo general, los franceses no eran colonizadores. Como hubo prósperos mercados en el Nuevo Mundo, y también en Europa, que estaban comprando las pieles de las bestias en el valle, los franceses eran casi todos cazadores. Por consiguiente, ellos fundaron muy pocos caseríos. Las crónicas francesas nos dicen que para el año 1680 había en el valle solamente dos o tres factorías importantes, que se encargaban del floreciente comercio que continuamente se estaba diversificando.

Desde años antes, los ingleses habían estado penetrando en el valle del Maumee y también en las tierras cercanas. Los ingleses sí eran colonizadores: pero los franceses y los indios resistieron violentamente a todos los intentos de colonización por los ingleses. En esa resistencia se hallan las causas de las Guerras Franco-Indias, que poco después pusieron fin a la autoridad de los franceses. Tras de sus victorias, los ingleses tomaron posesión del territorio en 1763.

En el año 1776, la Revolución americana trajo la independencia a las colonias, ya bien establecidas en el Este del Continente; y una nueva nación, los Estados Unidos, se creó. Los representantes de la Corona inglesa volvieron inmediatamente a Inglaterra, cuando la nueva república americana se estableció. En las primeras elecciones federales, el General Jorge Washington fue elegido primer Presidente de los Estados Unidos.

A los pocos años, el Tratado de 1783 cedió a los Estados Unidos las tierras más al Oeste, cerca de los Grandes Lagos, incluyendo el valle del Maumee. No obstante, Inglaterra continuó por más de treinta y cinco años defendiendo a sus fortalezas en esa vasta región. Al mismo tiempo, los ingleses incitaron a los indios contra los colonos americanos en esas tierras. A causa de este constante antagonismo, se produjo la Guerra de 1812. La última batalla decisiva de esa guerra tuvo lugar en el lago Erie, muy cerca del sitio del Toledo actual. El Commodore Oliver Hazard Perry, famoso héroe local, era comandante de las fuerzas americanas en esa histórica batalla naval. Los ingleses fueron vencidos, y abandonaron pronto el territorio que desde 1803 ya había llevado el nombre de «Ohío».

Después de la Guerra de 1812, muchos americanos, dejando atrás la seguridad de los Estados en el Este del país, realizaban cada vez en mayor número la travesía de una extensa cadena de montañas, para establecerse en un nuevo mundo de bosques y animales, de peligros y de aventuras. Más allá de las montañas, los viajeros llegaban en la gran región que se llama hasta hoy el «Medio Oeste». Entre los primeros exploradores, hubo los que examinaron las llanuras al extremo occidental del lago Erie, donde el río Maumee, después de atravesar un valle muy largo y muy fértil, desemboca en una bahía ancha. En 1817, esos americanos, desdeñando las dificultades y los peligros que les amenazaban, levantaron aquí, en un sitio prometedor, el caserío «Port Lawrence» (Puerto Lorenzo).

En aquellos años, muchas tribus de indios todavía se hallaban en Ohío. Unos eran siempre amistosos, mientras que otros eran siempre enemigos. En cuanto a las tribus en las cercanías de Puerto Lorenzo, los primeros americanos descubrieron pronto que no eran de fiar, siendo un día amistosos y el próximo hostiles. Los franceses, un siglo antes, durante sus exploraciones, habían también observado tal temperamento extraño y, por consiguiente, habían dado a las tribus del valle el nombre descriptivo «Mi-ami». El nombre quería decir en francés «medio amigo». Los indios, oyendo el sonido, pero imitándolo muy mal, dijeron «Mau-mei». No sabían en aquel tiempo que su pronunciación nos daría el nombre de nuestro río, que hoy se llama Maumee. Este nombre siempre nos recuerda que los indios del valle presentaron primero a los franceses, luego a los ingleses y, finalmente, a los americanos, un peligro siempre amenazante.

A pesar de los peligros y de las dificultades, el joven caserío de Puerto Lorenzo continuaba creciendo. El río Maumee y el lago Erie ofrecieron rutas para los barcos a los colonos, los cazadores y los vendedores que con regularidad estaban llegando en ese rincón del nuevo Estado de Ohío. En Puerto Lorenzo. estos denodados aventureros ya descubrían cabañas rústicas y almacenes. Todos reconocían que el sitio era excelente para el transporte y para toda clase de comercio. Muchos resolvieron quedarse allí. Como el transporte se mejoraba con constancia, los nuevos comerciantes que venían a Puerto Lorenzo traían consigo muchos productos que eran escasos en el valle. Ellos tenían intención de construir tiendas en Puerto Lorenzo; pero, a causa de la competencia que encontraron en el pueblo más próspero del valle, muchos estaban muy descontentos. Después de un cierto tiempo, un grupo de estos comerciantes desilusionados resolvió abandonar Puerto Lorenzo, para buscar otro sitio más provechoso. Les gustó una eminencia que se halló a una distancia de cuatro kilómetros, y allí ellos construyeron sus cabañas y algunas tiendas. Se dio al nuevo caserío el nombre «Vístula», e inmediatamente todos los habitantes comenzaron a trabajar diligentemente para asegurar el éxito de sus esfuerzos y, sobre todo, para superar a sus rivales en Puerto Lorenzo. Dentro de un año, la violenta rivalidad puso en choque a los dos caserios. Las relaciones entre los jefes de los dos poblados eran muy hostiles y los ciudadanos de ambos caseríos estaban convencidos de que la rivalidad que crecía constantemente les conducía a la ruina. Finalmente, hasta los comerciantes más codiciosos querían proponer medios de llegar a una armonía

duradera. En la primavera de 1833, representantes de los dos pueblos se reunieron y acordaron fundir Puerto Lorenzo y Vistula.

Surgió entonces el problema de un nombre apropiado para el nuevo pueblo. Todos preferían un nombre completamente diferente, sabiendo que cualquiera de los nombres usados hasta aquel día sería un constante recuerdo de las amargas querellas de los primeros años. Después de viva discusión, un miembro de la asamblea que debía escoger el nombre propuso el de la Imperial Ciudad de España: «Toledo». Cuando los habitantes aprobaron este nombre a fines de 1833, ellos establecieron el primero de los muchos lazos de amistad que hoy unen los dos Toledos.

Hay varias versiones que tratan acerca de la selección del nombre español que en seguida se oyó en la nueva aldea. La versión más romántica y la que se conoce mejor en Ohío, supone que la propuesta del nombre fue debida a Washington Irving, el famoso escritor y embajador norteamericano en Madrid en aquel tiempo. Irving pasaba el verano de 1833 en el viejo Toledo, escribiendo sus libros Leyendas de la Alhambra y Vida de Colón. Durante su estancia, el escritor recibió de su hermano. entonces comerciante interesado en negocios de terrenos cerca de Puerto Lorenzo, una carta en la que el hermano le pedía que inventase un nombre melodioso para el naciente núcleo urbano. Con la carta todavía en la mano, Washington Irving estaba rondando por las históricas calles del Toledo español cuando se le ocurrió sugerir a su hermano en América el nombre de la antigua y mágica ciudad que le circundaba y que había cautivado su espíritu. No tardó en escribir a su hermano en América la propuesta. El nuevo nombre gustó mucho a la gente del nuevo pueblo, y todos lo aceptaron con entusiasmo.

Muchos americanos ya estaban llegando al valle del Maumee. Dos años más tarde, en 1835, el Toledo del Nuevo Mundo, entonces con una población de mil quinientos habitantes, era uno de los pueblos más progresivos del Estado. A fines del año se efectuó el segundo lazo de amistad entre los dos Toledos, cuando apareció por primera vez en el nuevo Toledo un periódico. En inglés, el nombre del periódico era «The Toledo Blade». En español este nombre sería «La Hoja Toledana». Explicando a

sus lectores que las hojas toledanas eran notables por su flexibilidad y fuerza. el redactor tenía intención de fundar un periódico fuerte y adaptable. A la vez este título expresó la admiración de los toledanos de Ohío para la gran industria que, por siglos y siglos, en todas las regiones del Globo había traído prestígio al nombre del Toledo español. El lema que se veía siempre en la primera página del periódico anunció un principio de la joven publicación: «Se espera que salga siempre de su vaina la espada en cualquier tiempo que sean amenazados los derechos de los ciudadanos o de la comunidad.» The Toledo Blade creció rápidamente y, hasta el día de hoy, habiendo continuado sin interrupción, se considera uno de los diarios más respetados del país.

En 1876 ocurrió otra manifestación significativa de la fraternidad entre las dos ciudades homónimas. Durante aquel año se celebró en los Estados Unidos el centenario de la independencia ganada en 1776. Para rendir homenaje al centenario, el alcalde del Toledo español, con la cooperación del Consejo y de un coronel del Ejército Español, presentó al redactor de The Toledo Blade una magnífica espada toledana. Como los toledanos norteamericanos habían visto muy pocos ejemplares del arte del damasquino, la espada se recibió con mucho júbilo en la ciudad, dando importancia al centenario. La mayor fiesta del histórico año tuvo lugar en Filadelphia, Pensilvania, que durante los años de la Revolución Americana era la capital de las colonias. La ciudad era la sede de la gran Exposición Centenaria de Filadelphia. El citado coronel del Ejército Español, D. Francisco López Fabra, era director del pabellón español, que había sido construido en la Avenida Internacional de la exposición. El coronel pidió al redactor que durante el año centenario prestase al pabellón la espada, como ejemplo perfecto de la habilidad de los artesanos de Toledo, España. Americanos y extranjeros por millares visitaron el pabellón y admiraron, entre muchos otros productos de España, la espada que tenía puño de oro y vaina de cordobán, ambos embellecidos con damasquinados.

Tras el Centenario, la espada, otra vez en Toledo, fue fijada en una pared del despacho del redactor de *The Toledo Blade*. Hoy día, un siglo más tarde y en el edificio moderno, se la puede ver. Muy cerca se halla también el escudo del diario. Quien estudie el escudo verá que muestra una espada toledana, muy semejante a la que se obsequió en 1876.

Es interesante evocar una predicción que en 1880 apareció en un artículo de *The Toledo Blade*. En aquel año se acabó la construcción de una fábrica dedicada a la producción de vidrio. En el artículo, el redactor dio una cordial bienvenida a la nueva empresa y al fin del artículo una predicción. Pronosticó que algún día la ciudad sería el centro mundial de productos del vidrio. Desde hace mucho tiempo, el Toledo de Ohío goza de esta distinción.

Ahora vamos a pasar al año 1922. Durante todos los años intermedios se habían añadido muy pocos lazos de unión a las relaciones entre los dos Toledos. Entretanto, el Toledo del valle del Maumee se había convertido en ciudad con 350.000 habitantes. Pero ahora, después del largo intervalo, probablemente no hubo muchos toledanos que sabían porqué su ciudad en Ohío llevaba un nombre español. Los contactos con los toledanos de España habían sido muy raros. Afortunadamente esa situación iba a cambiarse en breve plazo.

En la primavera de 1922, Russell Brow, joven toledano de Ohío, acabó sus estudios universitarios y, queriendo perfeccionar sus conocimientos del español que intentó enseñar, fue a Europa. Tras varias visitas en otros países, el futuro profesor llegó a España, donde no tardó en visitar la Imperial Ciudad. Las manifestaciones de amistad eran extraordinarias en todas las ciudades que visitó en España, en las grandes lo mismo que en las pequeñas, pero Russell Brown reservó sus elogios más calurosos para el Toledo de España. Más bien que una ciudad era para él un vasto museo histórico-artístico. Inmediatamente sus nuevos amigos en la ciudad sintieron mucha curiosidad e hicieron muchas preguntas cuando el joven turista hablaba del Toledo norteamericano. Antes del día de su despedida, el americano ya había resuelto acelerar con nuevos lazos de unión la amistad entre las dos poblaciones. Volvió a su hogar en Toledo. Ohío, con una libreta llena de notas, señas, fotos e ideas. Posteriormente, siendo ahora profesor de español, Russell Brown animó en su escuela el estudio de la lengua y de la cultura de España. Organizó la Junta Española, que era un club para jóvenes, y él estableció un intercambio de correspondencia entre

los estudiantes de las escuelas secundarias en ambas ciudades. El año 1926 trajo otro lazo de amistad entre los dos Toledos. En junio de aquel año, el cardenal primado de España, el Dr. Reig y Casanova, asistió al Congreso Eucarístico Internacional que se celebró en Chicago. Una comisión del Toledo yanqui fue a Chicago e invitó al cardenal que hiciese visita a Toledo, Ohío. El Dr. Reig aceptó la invitación, y cuando llegó, pocos días más tarde, los toledanos le recibieron con indecible entusiasmo. El cardenal inspeccionó las primeras obras que iban a dar comienzo para construir la Catedral de Nuestra Señora del Rosario. El obispo de la diócesis del Toledo americano estaba mostrando al cardenal los planes para la futura catedral cuando se le ocurrió al obispo una idea. El pidió impulsivamente al Dr. Reig que enviase para el altar mayor una piedra sacada del gran templo de Toledo, España. El cardenal primetió en el acto hacerlo; y cumplió lo prometido algún tiempo después, cuando se dedicó la gran catedral que desde entonces es uno de los monumentos más conocidos de la región.

En la memoria de los toledanos de aquellos días, la visita del cardenal era entre los dos Toledos el primer significativo contacto español que había ocurrido hasta entonces en la ciudad toledana de Ohío. Durante todos los días de su visita, el cardenal fue objeto de una cariñosísima acogida por parte de las autoridades, las entidades, la prensa y el pueblo. Todos sabían que en aquella visita quedaron bien iniciadas las relaciones amistosas entre las dos ciudades.

En 1929, el Dr. Henry J. Doermann vino de la Universidad de Puerto Rico para ser rector de la Universidad de Toledo, Ohío. Como hablaba perfectamente el español, se interesó inmediatamente por la fraternidad entre el Toledo de España y el de los Estados Unidos. Poco después, la Academia Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, reconociendo los muchos talentos e intereses del Dr. Doermann, le nombró académico correspondiente. El doctor, muy contento de ese honor, resolvió visitar el Toledo español lo más pronto posible. La visita era posible durante el verano de 1931. Cuando llegó el rector a la Imperial Ciudad era portador no sólo de obsequios y fotos, sino también de un mensaje escrito por el alcalde del Toledo norteamericano. El Dr. Doermann era huésped de honor durante su

permanencia en España, y cada día le fueron tributados muchos homenajes y agasajos. El Ayuntamiento le permitió fotografiar el antiguo escudo toledano de los Reyes Católicos. Antes de su despedida, el rector solicitó y obtuvo permiso para que la Universidad de Toledo. Ohío, usase el escudo como emblema propio. Al volver a los Estados Unidos, el rector habló de las muchas manifestaciones de amistad que había encontrado en la ciudad homónima, y él dijo a un grupo de sus amigos que durante su estancia en España él había discutido por primera vez la idea de formar en ambas ciudades un comité para adelantar las relaciones. Era evidente ahora que muchas personas en los dos Toledos se tendían la mano, queriendo ser intermediarios de buena voluntad internacional.

A fines del año, el Dr. Doermann había organizado en el Toledo yanqui el núcleo del primer comité de relaciones. Además del doctor, los miembros más prominentes del comité eran Russell Brown, Grove, Patterson, Germán Erausquín y la señora Erausquín. El Dr. Brown era profesor de español en la Escuela Secundaria de De Vilbiss, donde contagiaría su fervor toledanista a los estudiantes. El Sr. Patterson era entonces editor del diario The Toledo Blade, y ya había escrito muchos artículos en su publicación para familiarizar al público con respecto a la ciudad homónima en España. El Sr. Erausquín era empleado del departamento de exportación de la Compañía De Vilbiss. Este señor, que nació en España, había sido residente en el Toledo americano desde hacía largos años. La Sra. Erausquín era profesora de español en la Universidad de Toledo, Ohío. El Sr. Brown fue elegido presidente del primer comité de relaciones, que para entonces era muy pequeño, pero que tendría dentro de unos años más de cien miembros.

A la vez, en España, el alcalde, don Guillermo Perezagua, con la generosa colaboración del ilustre Dr. Gregorio Marañón, organizó el primer Comité de Relaciones con Toledo, Ohío. El alcalde invitó a muchas personas relevantes en las artes, el comercio y la indiustria de la ciudad, a ser miembros. Dentro de poco no hubo en los dos Toledos mucha gente que no supiera que ya existían los dos comités y que ambos estaban trabajando para animar la mutua amistad internacional. En cada Toledo los toledanos comprendían el significado del sinónimo «ciu-

dad hermana», porque oían más y más frecuentemente estas palabras. A pesar de las distancias que separan las dos ciudades, los comités estaban inventando modos para expresar la amistad.

En Toledo, España, a finales del año 1933, el alcalde, D. Guillermo Perezagua, el Concejo Municipal y los miembros del comité de relaciones comenzaron a discutir un proyecto que se efectuaría durante el próximo año. Al principio, estos señores no sabían que su ambiciosa empresa iba a llamar la atención internacional, resultando no tener precedentes en las relaciones de ciudades hermanas. Yo me refiero a la inolvidable visita que tuvo lugar en 1934, cuando la ciudad hermana en España invitó a una comisión de cinco toledanos americanos a ser, durante una semana, los huéspedes de honor de la Imperial Ciudad y del Gobierno de España.

Entre los comisionistas figuraron: Sr. Charles Hoover, vicealcalde del Toledo norteamericano; Sr. Grove Patterson, periodista; Dr. Stephan Mahon, presidente de la Junta de Directores de la Universidad de Toledo; Sr. Russell Brown, profesor de español, y Sr. George Schaiberger, alumno de una escuela secundaria.

Como en 1934 yo no era residente de Toledo. Ohío, no oi hablar de la visita de aquel año hasta unos veinte años más tarde, cuando pasé en casa del profesor Brown una tarde sumamente interesante. Después de una excelente cena preparada por Mrs. Brown, nos sentamos en el salón, donde con un vaso de vino en la mano se brindó por la ciudad hermana en España. Durante la conversación, Russell evocó la memorable visita de 1934. Sacó de una cómoda una caja llena de fotos, recortes de periódicos y otros recuerdos.

El profesor comenzó su evocación de la visita con una descripción de los agasajos preliminares en Madrid. Unos funcionarios del gobierno municipal de Toledo y del Gobierno español habían venido a la estación de ferrocarril en Madrid, me dijo, para dar la bienvenida y para acompañar a la comisión durante el breve viaje a Toledo. Los viajeros americanos notaron los carteles de bienvenida y las banderas de ambas naciones al exterior del vagón, reservado para los huéspedes y sus anfitriones.

Cuando llegaron a la ciudad hermana, los toledanos ameri-

canos fueron recibidos por el Sr. Claude Bowers, embajador de los Estados Unidos, y por muchos representantes locales. Hubo por todas partes mucho júbilo, mucho entusiasmo y muchos abrazos con sinceros sentidos de fraternidad. Tras esta alegre recepción, todos se trasladaron al patio de armas de Alcántara, donde durante un acto muy imponente, el alcalde del Toledo español entregó al vicealcalde del Toledo americano las llaves de la ciudad. Cuando la delegación, después de recibir las llaves, entró en las calles engalanadas de la histórica ciudad, la fiesta de bienvenida estaba progresando por todos lados con grandiosidad triunfal.

—En las calles, al paso de la comitiva —me dijo Russell—, muchas señoritas ataviadas con mantilla arrojaron flores y serpentinas de colores desde los balcones del itinerario. Mientras marchábamos, oímos los himnos nacionales americano y español reproducidos por los altavoces de radio. Oí hasta una marcha, «Toledo, Ohío», del músico toledano Sr. Martín Gil, dedicada a nuestro Toledo. En la plaza de Zocodover encontramos a una compañía de alumnos de la Academía Militar, quienes con música y banderas rindieron honores al embajador de los Estados Unidos y a nosotros. Pocos minutos más tarde oí explosiones en el cielo. Levanté los ojos y vi una escuadrilla de aviones, que estaban volando por encima de la ciudad en nuestro honor. Alguien me aseguró, más tarde, que al mismo tiempo había sido disparos de morteros desde muchos puntos de la ciudad.

En esto, Russell puso la mano a la frente, y su penetrante mirada me dijo que la brillante recepción había excedido todo lo que los americanos más imaginativos hubieron podido imaginar de antemano. Moviendo la cabeza, añadió:

—¡Dios mío, Fontaine! Nunca olvidaré la grandiosa bienvenida. Esa noche, ningún miembro de la comisión americana pudo dormir. Todos estábamos extremadamente angustiados, no sabiendo lo que haríamos nosotros los americanos si algún día viniera a nuestro Toledo una comisión española. ¿Una fiesta igual? ¡Imposible! ¡En aquel tiempo no habíamos inventado la bomba atómica!

Russell Brown siguió contándome todo lo que pasó durante los días siguientes. De vez en cuando me alargó una foto o un recorte de la procesión del Corpus, la visita al Alcázar de Carlos V, el festival atlético en la Escuela Central de Gimnasia. las visitas a los monumentos artísticos, los banquetes oficiales, los agasajos informales, la corrida de toros, las excursiones al campo, y muchas otras cosas que no quedan más en mi memoria. Con adecuados detalles, Russell evocó la imposición de la Medalla de Oro de la Imperial Ciudad al representante municipal del Toledo americano. Esa medalla, que soldó espiritualmente a los dos Toledos, se halla hoy en el Museo de Arte de Toledo, Ohío, como recuerdo del fuerte lazo de amistad que data de la visita de 1934. Con sus fotos. Russell recreó la ceremonia pública cuando se descubrió la lápida de cerámica toledana, dando el nombre «Toledo de Ohío» a la calle que yo mencioné antes. Al fin de nuestra larga charla, mi amigo concluyó:

—La comisión sintió un agradecimiento sin límites por las atenciones dispensadas a nosotros y a nuestro Toledo por el Toledo español y el Gobierno de España. Estoy seguro de que el Toledo de España nunca ha recibido ni a presidentes, ni a héroes famosos, ni a reyes, como recibió a los amigos del Toledo de Ohío, en 1934. Después de nuestra entrada triunfal del primer día, el embajador de los Estados Unidos me confió que había estado en Nueva York, cuando volvió Charles Lindbergh a la ciudad tras su inaudito vuelo. Me dijo el embajador Claude Bowers que la recepción de bienvenida en la Imperial Ciudad de España excedió todo lo que había visto en Nueva York durante aquellas fiestas. He dicho siempre que el embajador tuvo razón.

Durante el próximo año, los comités de relaciones en ambos Toledos continuaban trabajando con todo entusiasmo para exceder las manifestaciones de amistad ya realizadas en las ciudades hermanas. Los comités estaban pensando en nuevos proyectos. Muchos estudiantes en las escuelas secundarias de los dos Toledos estaban participando en el intercambio de cartas. En los periódicos aparecían con regularidad artículos presentando información sobre las relaciones recíprocas. Y en Toledo, Ohío, los miembros del comité de relaciones, animados por la visita de 1934, ya estaban discutiendo planes para otra visita, esta vez la de una comisión española que vendría a la ciudad hermana en los Estados Unidos. El espíritu de fraternidad era

especialmente fuerte en las dos ciudades durante todo el año.

No obstante, como todos sabemos, una guerra civil en España, primero, y luego una guerra internacional, seguida de muchos años de amarga contienda, interrumpieron hasta el año 1958 el desarrollo de los vastos planes que estaban anunciando.

La historia de la reasunción, en 1958, de las relaciones, es una historia poco conocida. Los datos sobre los esfuerzos que culminaron con la reasunción son muy escasos. Por eso no es posible mencionar los nombres de todos los que trabajaron en ambos Toledos para conseguir esta nueva etapa. Espero que sus hechos les hayan cubierto de la gloria merecida. Sin embargo, me acuerdo de algunas personas en los dos Toledos que hicieron los primeros pasos para reorganizar las juntas de relaciones. Entre esas personas figura el Dr. Willard Smith.

En otoño de 1956, el Dr. Smith, profesor de Historia en la Universidad de Toledo, Ohío, fue a España para comenzar la preparación de un libro sobre la dictadura de D. Miguel Primo de Rivera. Antes de su salida de los Estados Unidos, el profesor había recibido de la Sra. Germán Erausquín, profesora de español en la Universidad, una lista de amigos en el Toledo español. Incluyó en ella los nombres de algunos miembros del primer comité de relaciones, organizado antes de las guerras. Con la lista en el bolsillo, Willard Smith fue a la Imperial Ciudad en diciembre de aquel año. Unos días más tarde, yo recibí de Willard una carta que él había escrito tras la medianoche. Me explicó que los días no le habían permitido ni una hora libre para escribir. En los párrafos siguientes, Willard describió unos contactos que resultaron ser muy importantes en el renacimiento de las relaciones interciudades:

«Pasé la primera tarde vagando solo por las calles de Toledo. Era mi intención buscar al día siguiente a los amigos de Margarita Erausquín. Después del paseo volví a mi cuarto en el hotel para descansr. El teléfono sonó, y una voz me anunció que alguien me estaba esperando en el salón de entrada. Me sorprendió eso, porque entonces no conocía personalmente a nadie en la ciudad. No pude disimular mi sorpresa al saber que era el propio alcalde, D. José Conde Alonso, quien me estaba esperando. Sin decírmelo Margarita, en una carta había revelado a este señor la fecha de mi llegada.»

9

«El alcalde me invitó a acompañarle a un restaurante, donde encontramos al Sr. Guillermo Téllez, que, siendo como vo historiador, se interesó por mis investigaciones históricas. Después de una comida excelente, nosotros discutimos con nostalgia las dos juntas de relaciones que antes de la guerra civil habían efectuado muchos lazos de fraternidad entre los dos Toledos. Saqué del bolsillo mi lista de nombres. El alcalde leyó la lista y, sabiendo que yo quería conocer a unas personas que habían sido miembros del primer comité de relaciones, él se levantó y fue al teléfono cercano. Un momento más tarde yo estaba hablando con D. Fernando Ledesma, un señor muy simpático que habló con entusiasmo del comité. Me invitó a su casa, promediendo que la tarde siguiente habría tertulia en mi honor. También asistieron a la reunión el fotógrafo D. Pablo Rodriguez; el teniente de alcalde, D. Genaro Ruiz; el archivero. D. Clemente Palencia; el abogado, D. Mariano Díez, y el citado Sr. Téllez. Al fin de la tertulia, yo comprendía muy bien que estos amigos querían hacer todo lo posible para restablecer los dos comités de relaciones.»

De vuelta a Madrid, el Dr. Smith habló con otros tres señores, que aprobaron el restablecimiento de las relaciones amistosas entre las dos ciudades. Estos eran el gobernador civil, D. Francisco Elviro Meseguer; el eminente doctor y escritor D. Gregorio Marañón, quien era presidente honorario del primer Comité de Relaciones con Toledo, Ohío, y el periodista D. Adoración Gómez Camarero, quien era presidente del comité español en 1934. Esos tres señores prometieron trabajar para crear de nuevo una junta de relaciones en la Imperial Ciudad.

Willard Smith prosiguió sus estudios en Madrid durante el próximo año. Con su esposa, él visitó el Toledo español de vez en cuando. Cada visita le aseguró más y más que la amistad entre las dos poblaciones había permanecido muy sincera y significativa. Tras haber terminado sus estudios en España, Willard volvió al Toledo americano, con intención de reorganización del comité en Ohío. Estaba seguro, me dijo, de que podría contar con el interés y el apoyo de sus amigos en España y en los Estados Unidos.

En 1958, el Dr. Smith invitó a tres toledanos americanos a reunirse con él, en una sala de la Universidad de Toledo, Ohío.

Estos tres eran el Dr. William Carlson. rector de la Universidad: John Yager, alcalde de Toledo, y Russell Brown. Willard Smith les informó acerca de sus conversaciones en España, sabiendo de antemano que los tres favorecerían la propuesta de recrear los correspondientes comités para realizar muchos logros en beneficio de las dos ciudades. En esta etapa se nombraron inmediatamente a los vocales del comité ejecutivo, y poco después se organizó el comité general.

A los pocos meses, el viaje de D. Juan Antonio Valentín-Gamazo a los Estados Unidos dío impulso a los deseos de la nueva junta. Juan Antonio trajo los saludos de los toledanos de España y discutió con los toledanos de Ohío el progreso del comité español y también varios planes para el porvenir.

Como consecuencia de la reorganización de las juntas, se observaron en seguida muchas manifestaciones recíprocas de la tradicional fraternidad entre los dos Toledos. Durante los años siguientes, la lista de actividades llegó a ser muy larga: correspondencia inter-escolar; intercambios de fotografías, pinturas, libros, periódicos, películas; exposiciones artísticas, industriales y artesanas; visitas, becas, fiestas, recepciones. Porque son muchos, no es posible recoger en estas páginas todas las empresas que desde 1958 han sido llevadas a cabo por los dos comités. No obstante, hay algunos proyectos sobresalientes que salen inmediatamente de mi «Tesoro de Recuerdos».

Me acuerdo al instante de la colección de regalos que en 1960 nos envió el comité español. Era una magnífica exposición de muchas cosas representando los talentos creativos de varios artistas y escritores de la Imperial Ciudad. Hubo pinturas, todas de escenas toledanas y todas pintadas por conocidos pintores de la ciudad. Se obsequió también con diez ejemplares de un librito de poemas, escritos por poetas toledanos y dedicados al Toledo de Ohío. Hubo libros por autores de Toledo, tomos encuadernados de periódicos y de revistas, una colección de transparencias de las obras maestras del Greco, y muñecas con traje campesino. La exposición fue recibida con mucho entusiasmo en nuestro Toledo. Yo puedo asegurar a los que la prepararon que nosotros hemos guardado y desplegado los objetos con la atención merecida. Hoy se puede ver en una sala

de la biblioteca de la Universidad de Toledo a la mayor parte de estos obseguios.

En mayo de 1962, una comisión de ocho miembros del comité español vino al Toledo de Ohío para una visita oficial y para participar en las fiestas celebrando el aniversario ciento veinticinco de Toledo, Ohío. Me acuerdo con placer de la recepción en la sala de espera del aeropuerto internacional en Detroit. Hubo muchos abrazos y muchos alegres saludos, cuando entraron en la sala el alcalde, D. Luis Montemayor Mateo, seguido de D. Felipe Rodríguez González, D. Tomás Sierra Bueno, don Juan Antonio Valentín-Gamazo, D. Pablo Rodríguez Dorado, D. Constantino Cruz Sánchez, D. Alejandro Pomeda-Varela, D. Jerónimo de Mesa Alonso y señora.

Había anochecido en Toledo antes de la llegada, pero a pesar de eso los amigos españoles observaron que las calles céntricas, por las que había de pasar el autobús, estaban adornadas con banderas de ambos países y con colgaduras de bienvenida. Y a la mañana siguiente no era difícil percibir que la ciudad estaba presentando una animación extraordinaria. Se celebraron durante la semana de la visita muchas recepciones, muchas visitas a monumentos, parques, escuelas, museos, fábricas, la Catedral, la Universidad de Toledo. Hubo banquetes con intercambio de saludos y obsequios. Y hubo reuniones donde los miembros de ambas juntas discutieron formas para expresar la fraternidad entre los dos Toledos. Esos días pasaron muy rápidamente; pero a fines de la semana todo el mundo sabía que nosotros teníamos muchos nuevos amigos en España, y que otros lazos internacionales habían sido estrechados.

Al fin de la visita, los comisionados pasaron dos días en Washington y dos días en Nueva York, antes de la despedida de los Estados Unidos. Os aseguro que los primeros días que siguieron a la despedida eran para los hombres del Toledo yanqui muy penosos. Los simpáticos señores españoles habían dejado atrás en nuestro Toledo a muchas señoritas y señoras, abuelas incluso, quienes deseaban saber por qué no hubo en el Toledo norteamericano más señores tan guapos, tan distinguidos, tan inteligentes y tan atentos como los galantes españoles, que ya estaban en camino para sus hogares en España.

Tres años más tarde, en 1965, tuvo lugar un viaje por Es-

paña que quedará siempre en mi memoria como uno de los viajes más deliciosos de mi vida. En aquel tiempo yo era director de una escuela secundaria y secretario ejecutivo del Comité de Relaciones con Toledo, España. Al mismo tiempo, miss Ethel Sager era consejera de alumnas en la misma escuela y también vocal del comité de relaciones. Miss Sager y yo acompañamos a veintiocho estudiantes de nuestra escuela durante un viaje de siete semanas por España y otros países de Europa. Los días más inolvidables de todos eran los pasados en Toledo, España. Yo había prometido a los jóvenes que la hospitalidad española sería de una calidad jamás conocida antes por ellos, y yo tuve razón.

Antes de salir de Madrid, hablé por teléfono con D. Felipe Rodríguez González, secretario ejecutivo del comité de relaciones. Felipe me dijo que estaría esperándonos en la oficina de turismo a la entrada de la ciudad. En el camino de Toledo yo resolví aprovechar los últimos momentos, antes de llegar a las puertas de Toledo, para discursear sobre una costumbre nativa de España. Sabiendo muy bien de antemano que mi amigo Felipe no me saludaría con el frío apretón de manos de los americanos, comencé mi discurso con una defensa del abrazo español.

- —¡Muchachos y muchachas! —grité yo, frente a veintiocho estudiantes que estaban charlando animadamente—. Dentro de poco vamos a encontrar cerca de la puerta de Toledo a un buen amigo mío. Se llama Felipe...
- —¿Es joven Felipe? —preguntaron a una voz las chicas, interrumpiendo.
- —¿Quién sabe? Los españoles duermen la siesta y no se envejecen como los americanos. Bueno, cuando me vea, Felipe se acercará y él me golpeará primero en la espalda izquierda de este modo —expliqué yo con la pantomima apropiada—. Y al mismo tiempo yo le haré lo mismo, así. Luego, dirigiendo esta vez los golpes a la espalda derecha, nosotros repetiremos todo con el otro brazo, así. Se llama el abrazo. ¿Hay preguntas?
- —A lo que me parece, vamos a ver una lucha, un poco como el boxeo americano con excepción de ser más violento —comentó un pícaro, poco amigo de lo sentimental.
- —No es una lucha —protesté yo—. ¡Qué barbaridad! Al contrario, es una manifestación de amistad, de respeto, y de

buena voluntad. Insisto en que todos comprendáis bien las costumbres tradicionales de España. ¿Otra pregunta?

- -¿Es guapo Felipe? pregunto una rubia.
- -Regular.
- —¡Estupendo! —dijo otra chica—. Voy a someter a prueba mi primer abrazo con Felipe. Queremos crear buena voluntad en la ciudad hermana. ¿OK?

A los pocos segundos, cuando bajé del autobús, sospeché que los estudiantes, recostándose contra las ventanillas y con las narices empujadas contra el vidrio, estaban mirando atentamente mientras que el director de una escuela secundaria en los Estados Unidos y el jefe del Departamento de Relaciones Públicas del Ayuntamiento en Toledo. España, iban a llevar a cabo un abrazo. Por llenar las apariencias, el abrazo resultó bastante enérgico. Oí inmediatamente los aplausos y los gritos de los jóvenes. Les encantó la costumbre.

Los días pasados en Toledo eran fechas históricas para el grupo. Los agasajos comenzaron con una salutación de bienvenida en el despacho del alcalde, D. Daniel Riesco. Hubo intercambio de regalos, incluyendo una bandera que había ondeado por encima de nuestro Capitolio en Washington. Hasta el día de hoy, yo muestro con orgullo la cartera de reproducciones de viejos documentos toledanos, que me presentó el alcalde durante la recepción. Luego ofreció el Sr. Riesco, en otra sala del Ayuntamiento, un almuerzo delicioso. Aquí, por primera vez. observé que los americanos más valientes estaban hablando español con sus compañeros españoles. Al instante traté de disimular con una sonrisa modesta mi orgullo, porque los compañeros ya me habían dicho que no comprendían el inglés. Sentí mucho que el alcalde, estando a poca distancia, no pudiera juzgar los logros lingüísticos de los estudiantes de mi escuela. Todavía me acuerdo con amargura de que mi sonrisa gradualmente se desvaneció, cuando se me acercó un varoncico que me dijo al oído:

— ¡Mr. Fontaine! ¡Esos españoles comprenden mejor mi inglés que mi español!

Los estudiantes no olvidarán jamás la fiesta en el cigarral de Infantes. La encantadora vista panoramica que ofreció de noche la terraza que daba al Tajo y a la ciudad, era inolvidable. Todos admiraron las torres de Toledo. Bajo la luna, las torres estaban embellecidas también por la ingeniosa iluminación eléctrica. En la terraza, los chicos americanos y españoles se divirtieron con música y bailes. Mientras que los jóvenes y algunos grandes bailaban, el Sr. Infantes tocó en la mejor tradición de los españoles la guitarra. Pero poco después los grandes se rindieron de cansancio y buscaron los bancos. La competencia había sido desigual. A los pocos minutos noté que los chicos seguían dando cabriolas en la terraza. De repente reconocí el baile, y poniendo la mano en la espalda de D. Jesús Moreno, presidente entonces del comité de relaciones, le dije:

- ¡Qué diablos! ¡Están bailando el twist!

Ese violento baile era la locura juvenil del año en mi país. Porque yo había pensado antes que el twist (¿torcimiento?) era un delirio de sólo los americanos más expresivos, me sorprendió notar que los chicos españoles lo estaban bailando mucho mejor que los jóvenes americanos.

A medianoche entraron corriendo los ocho preciosos niños de la familia Infantes, dirigiéndose al centro de la terraza. Aunque llevaban camisas de noche, convencieron pronto a todo el mundo que no tenían sueño. Presentaron un interludio de bailes y canciones que habían preparado y que fueron recibidos con aplausos más entusiásticos.

Durante una espléndida cena que se sirvió en mesas colocadas en el jardín, yo estaba hablando con D. Constantino de la Cruz. El empleó la palabra «cigarral» refiriendo a los alrededores. Porque me pareció ser una palabra extraña, le pregunté por qué se llamaban así los jardines. Con una sonrisa, don Constantino me dio una explicación que, sea verdad o sea falsa, me contentó. Explicó que en otro tiempo, cuando recibieron los monjes de Toledo un regalo de cigarros, se escondieron en los jardines de las fincas cercanas para fumarlos. Así los jardines adquirieron un nombre que ha durado. No olvidé la explicación y la he repetido muchas veces.

Los jóvenes americanos asistieror, a una corrida de toros en la Plaza de Toros de Toledo. En el autobús, en el camino de la plaza, me levanté para explicarles los aspectos más técnicos de la corrida de toros. Por escasez de información, el comentario duró dos minutos. Luego pasé a una discusión de la etiqueta apropiada durante las ovaciones de la corrida. Yo estaba un poco nervioso antes de la corrida, porque sabía que en mi escuela de Ohío se oyen pitos cuando está triunfando nuestro equipo de fútbol o de basquetball. No es así en España. En voz alta anuncié a los estudiantes:

- —En la corrida de toros hay pitos cuando la labor no ha sido acertada. Es lo contrario de nuestra etiqueta deportiva. Por eso nosotros no vamos a silbar cuando nos gusta lo que hace el matador.
- —¡Caramba! —comentó un jugador de fútbol—. ¿No hay pitos? ¿Qué vamos a hacer si hay faena meritísima?
- —¡Ah! Ya sé —contesté—. He visto antes los toros. Si se halla en el bolsillo un pañuelo que por casualidad sea limpio, se le puede ondear vigorosamente en el aire.

Sería difícil imaginar la alegría de los estudiantes al ser informados que verían torear, entre otros, al famoso El Cordobés. Pero más tarde, durante la corrida, la atención de nuestro grupo se dividió pronto. Antes de la salida del segundo toro los jóvenes habían descubierto sentada directamente delante de nosotros a Ava Gardner, actriz americana. Tras de este descubrimiento, los toros perdieron algo en la subsiguiente competencia de belleza Los chicos aprovecharon todos los intervalos entre final de un toro y la entrada de otro para pedir a Ava su autógrafo. Entretanto, El Cordobés toreó con valor y habilidad, obteniendo dos orejas. Al fin de la corrida, mientras que el torero estaba saliendo a hombros de algunos admiradores, los gritos aumentaban y se hacían cada vez más fuertes. Era una ovación impresionante, aunque no se oyó ni un silbido de nuestro grupo.

Averigüé más tarde en el autobús que la corrida de toros había hecho aficionados a casi todos los chicos. Empleando los americanismos más corrientes y más complementarios del año, me dijeron que el espectáculo había sido «¡Great!» o «¡Cool!» o «¡Groovy!» Sin embargo, en la minoría hubo una chica que se quedaba meditativa y grave, mirando al suelo.

- -¿Qué pasa? -pregunté yo-. ¿No te gustó?
- -Es muy peligroso -contestó ella.
- —Los españoles dicen que nuestro boxeo americano es peligroso.

—Pero no es lo mismo. Los boxeadores se golpean con guantes. Dígame, Mr. Fontaine, ¿por qué lleva el caballo del picador el protector? Más vale ponerlo en el pobre matador que lucha sin protector alguno.

Le expliqué a la chica que el peto es muy pesado y que el matador, si llevara el protector del caballo del picador, no podría saltar con garbo por encima del burladero. Para ganar la confianza de los jóvenes, contesto siempre a sus preguntas.

Les dio a los americanos mucha lástima despedirse del Toledo español. Durante su estancia, el ambiente había sido siempre alegre, animado, hospitalario. Ellos habían querido aprovechar todo el tiempo para ver la ciudad y para conocer la gente. Nunca habían dormido la siesta y, por consiguiente, estaban rendidos de fatiga al subir al autobús al fin de la visita. Pero hay que confiar en que habían conservado bastante vigor para las amenidades de despedida. No exagero si digo que al momento de despedirse de sus nuevos amigos toledanos yo noté muchos fuertes abrazos. De camino, todos los chicos quedaron callados, con los ojos cerrados por unos cinco minutos. Luego, recordando una tarde muy agradable y rompiendo el silencio, el picarillo volteó la cara y propuso:

—¡Hala, hala! ¿Qué os parece si, para despertarnos, volvemos otra vez a la piscina de los señores de Mesa?

Desde 1969, el Comité de Relaciones con Toledo, España, ha organizado para miembros del comité tres viajes a España, siempre con estancias en Toledo. Mr. Robert Barber coordinó los planes y preparativos para los viajes de 1969 y 1971. En aquellos años, Mr. Barber era vicepresidente del comité. Mr. William López era director del viaje de 1978 y presidente del comité. De vuelta a los Estados Unidos, los miembros de cada grupo hablaron de la extraordinaria hospitalidad de los toledanos de España, diciendo que se les ofreció siempre una serie interesante de actos y agasajos incluyendo recepciones, cenas, tertulias, visitas turísticas y excursiones en las cercanías. Los viajeros fueron de tiendas durante los raros momentos libres. En Toledo, España, es para el viajero siempre una diversión agradable. Y de vuelta en Toledo, Ohío, es con orgullo que los toledanos muestren a sus amigos las compras que representan las artes y los oficios de la ciudad hermana. No hay duda que la Cámara de Comercio del Toledo de España tiene buenos representantes en todas partes del mundo; pero estoy seguro de que no hay en ninguna parte del mundo mejores representantes que los que han salido del Toledo a orillas del Maumee, para pasar algunos días en el Toledo a orillas del Tajo.

En 1976, los Estados Unidos celebraron el bicentenario de la fundación de la república independiente. Durante todo el año hubo en todos los Estados fiestas en honor de la fecha histórica. Los componentes del Comité de Relaciones con Toledo, España. comenzaron a hacer planes durante el año precedente tocante al bicentenario. Todos se acordaron del genio de los exploradores españoles, que tanto hicieron para colonizar y civilizar nuestras tierras salvajes. También recordaren todo lo que contribuyeron en 1962 los miembros de la comisión española, cuando participaron en los actos cívicos del aniversario ciento veinticinco del Toledo norteamericano. Así nos pareció muy apropiado y significativo invitar a otra comisión de españoles, esta vez para participar en el bicentenario del país.

La delegación de 1976 estaba constituida por el alcalde, D. Angel Vivar Gómez, D. Félix del Valle, D. Julio Porres Martín-Cleto, D. José Miranda Calvo, D. Pedro Ridruejo Alonso, D. Juan Galiano de la Cruz, D. Felipe Rodríguez González, D. Atanasio de Castro Herrero, D. Luis Garrido y señora. El grupo llegó al aeropuerto de Toledo, Ohío, en mayo de 1976.

El programa de acontecimientos se inició en el aeropuerto con un acto informal de bienvenida en una sala de la nueva estación para aviones. Con vasos de champaña y sangría, los toledanos de los dos Toledos se saludaron, y se brindó, primero, por las dos ciudades hermanas, luego por la paz, prosperidad, salud, buen tiempo, más comisiones españolas y, finalmente, por una alegre «Semana de Toledo, España». El alcalde de nuestro Toledo había declarado, por una proclamación oficial, que los días de la visita serían dedicados a la ciudad hermana.

El acto cívico de bienvenida fue tributado al día siguiente en la Plaza de Toledo, España. Después que unos marines habían izado las banderas de los Estados Unidos y de España, se oyeron los himnos de ambos países, y seguidamente las salutaciones de bienvenida de los americanos y los saludos de los españoles. Los días de la visita estaban llenos de recepciones, visitas, cenas

y excursiones, todos efectuados para mostrar a los amigos españoles la vida. el espíritu y la cultura del Toledo vecino de los Grandes Lagos.

Nos gustó especialmente acompañar a los huéspedes durante una visita a nuestro soberbio Museo de Arte. Tras de un almuerzo ofrecido por el director, todos asistieron a la apertura oficial de una exposición de la colección del arte español. Esta colección se inició en 1915 con un solo cuadro de Velázquez, pero hoy incluye ejemplares de las obras de otros pintores famosos de España. Apenas es necesario deciros que lo más prominente en la colección es una magnífica obra maestra del Greco.

Dudo que los toledanos españoles de la comisión de 197£ hayan olvidado la fiesta campesina con una cena estilo «chuckwagon», seguida de música y contradanzas típicas del oeste de los Estados Unidos. Siento que no fuera posible aquella noche tener en la sala de fiesta una delegación de miembros de la Real Academia para observar la gracia, la ligereza y la subsecuente rendición de los distinguidos académicos, tales como D. Félix del Valle, D. Julio Porres y D. José Miranda. Momentánea e involuntariamente estos valerosos señores se cambiaron en comboys (vaqueros), inspirando aplausos y celos entre los miembros del comité americano, quienes no bailan jamás sin consecuencias desastrosas los bailes folklóricos del país.

Otro acto de interés especial era la dedicación de la restauración de la Fortaleza Meigs. Estas extensas fortificaciones eran muy importantes durante la Guerra de 1812; pero quedaron casi completamente destruidas después de las sangrientas batallas que decidieron el destino del valle del Maumee. El alcalde, D. Angel Vivar Gómez, participó en las ceremonias, pronunciando unas palabras de salutación y haciendo alusión al bicentenario del país y a la importancia de la fortaleza en la historia de Ohío.

Los miembros de la comisión eran buenos embajadores de su país durante la Semana de Toledo, España, y sus amigos americanos sintieron mucho ver llegar el día de la despedida. Muchas personas acompañaron a la comisión al aeropuerto, donde hubo muchos sinceros abrazos. Esperando ver otra vez en nuestro Toledo a todos, dijimos «¡Hasta la vista! » y ondeamos pañuelos mientras que el avión desapareció.

Otro trabajo importante de las juntas de relaciones es el programa de becas ofrecidas en ambas ciudades. El programa que se inició por primera vez en 1967 prové becas a estudiantes calificados, que han empezado sus estudios universitarios. Desde 1967, tres estudiantes del Toledo de Ohío han ganado becas para un año de estudios en el Centro Universitario situado en Toledo, España, y tres estudiantes españoles han ganado becas para cursar estudios en la Universidad de Toledo, Ohío, Cada beca incluye no solamente los gastos de matrícula, sino también viaje de ida y regreso, alojamiento y libros. Las tres señoritas españolas que han venido a los Estados Unidos son María del Carmen Moreno Santiago, Maria Rosario de la Cruz Mora y Elvira Huelbes Villagra. Los becarios americanos son Paul Blake, Shelly Reifsnider y Carla Danner. No hay duda que el programa es muy valioso, enriqueciendo mucho la vida de los becarios. Durante la presencia en las ciudades hermanas, los estudiantes son embajadores de su país y ellos establecen lazos recíprocos entre los dos Toledos.

La mayor parte del dinero que se emplea para subvencionar las becas en la Universidad de Toledo, Ohío, viene de un fondo establecido en 1966 en memoria de Russell Brown. En la primavera de aquel año, nuestro comité de relaciones sugirió a la Corporación de Films Twentieth Century-Forx que escogiera Toledo, Ohío, para la première mundial de la película «El Greco», que fue producida en España y que presentó la vida del famoso pintor. Se explicó a los productores que nuestro Toledo. siendo ciudad hermana del Toledo del Greco, sería un lugar muy apropiado para tal función. Estando de acuerdo, las autoridades optaron por Toledo. Ohío, y en actubre del mismo año se estrenó el film en el teatro más grande de la ciudad, y no hubo ni un asiento vacío. La mayor parte del beneficio de la función fue depositado en el fondo becario. Mel Ferrer, actor americano, quien en la película era El Greco, asistió al estreno y a la recepción cívica que siguió.

Claro es que desde el principio de las relaciones entre el Toledo español y el Toledo yanqui los dos comités de relaciones y los gobiernos municipales han hecho mucho para manifestar la amistad que une las dos ciudades. No es posible mencionar todo lo que han hecho; pero desde la inauguración de las relaciones amistosas, muchos lazos de pura amistad han sido estrechados, y los lazos quedan duraderos e importantes. Yo, por ejemplo, he notado que, cuando un toledano norteamericano discute un viaje que piensa hacer en Europa, muy a menudo añade las palabras: «¡... y voy a ver Toledo, España! » Añade estas palabras con entusiasmo, como quien dice que va a visitar a un buen amigo o como quien se considera miembro honorario de una familia. Al oír esas palabras se me ocurre que, sin duda, el viajero tiene intención de visitar una docena de ciudades en Europa; pero yo sé que para él la ciudad toledana de España será una ciudad especial.

Dudo que sea posible pasar mucho tiempo en uno u otro Toledo sin observar una evidencia visible de las relaciones que desde casi medio siglo se sienten en los corazones de muchos toledanos. Porque me gusta tener la oportunidad de mostrar esta evidencia visible a los que visitan Toledo, no puedo menos de parafrasear el dicho que me repitió D. Pablo Rodríguez aquella noche en el autobús: «Si tienes dos horas para conocer Toledo, Ohio, pásalas en un paseo con Fontaine». Como guía durante tal paseo yo podría indicar muchos sitios en mi ciudad en los cuales se puede observar recuerdos tangibles de las relaciones interciudades.

Por ejemplo, cerca del centro de mi Toledo se halla nuestra Plaza de Toledo, España, que se dedicó en 1971. El nombre de la plaza se deja ver claramente por todos los que pasan. En el centro está la placa de mármol que muestra los escudos de los dos Toledos. Todos admiran la lápida de cerámica que en 1976 obsequió la comisión española a la ciudad. En la vistosa lápida se ven los escudos de las dos ciudades y el nombre de la plaza. Como la plaza está rodeada por todos lados de avenidas muy importantes, mucha gente la ve todos los días.

No muy lejos de la Plaza de Toledo, España, está situada la Universidad de Toledo. Allí hay muchas manifestaciones de la amistad internacional. Al llegar al edificio administrativo, los visitantes españoles siempre reconocen en seguida el emblema de la Universidad. Es el antiguo escudo toledano de los Reyes Católicos. El lema, escrito siempre en español, reza así: «Coadyuvando el presente, formando el porvenir». Muy cerca, en el despacho del rector, está colgada la elegante panoplia que fue

presentada a la Universidad por la comisión que le visitó en 1962.

La nueva biblioteca de la Universidad aloja la Sala de Toledo, España. Nuestro comité de relaciones ha colocado allí una extensa colección incluyendo objetos de arte, pinturas, libros, documentos y fotografías que han venido del Toledo de España.

A poca distancia de la Universidad se puede visitar la Catedral de Nuestra Señora del Rosario. Los españoles casi siempre identifican al instante que el estilo de arquitectura es góticoplateresco. Cerca del altar mayor se ve la piedra grabada que era, como dije antes, en otro tiempo, parte de la Catedral de Toledo, España.

Vale la pena visitar el despacho del alcalde en el Ayuntamiento. Durante sus visitas oficiales en la ciudad, los representantes del Toledo español le han obsequiado al alcalde con muchos regalos, y en las paredes del despacho se pueden ver todos esos valiosos obsequios que han incluido cuadros, documentos y espadas. Sin duda se siente muy seguro nuestro alcalde al observar detrás de su escritorio la gigantesca espada que le presentó D. Luis Garrido. Hace un par de años, el alcalde Sr. Harry Kessler, poco después de recibir la extraordinaria espada, me confió en broma:

—¡Oye! Cuando entra ahora en mi despacho un contrario político con intención de oponerse a mis edictos, yo le miro con ceño, indicando con el pulgar esa espada que es más grande que yo. Digo siempre que se reserva sólo para las ejecuciones públicas, y nunca encuentro mucha oposición. A propósito, Fontaine, ¿crees que el alcalde, D. Angel Vivar, también necesite una espada semejante?

A unas pocas cuadras del Ayuntamiento se halla el edificio del periódico *The Toledo Blade*. Allí, los toledanos ven la espada que el diario recibió de la ciudad hermana, cuando se celebró el centenario de nuestro país. También, de conformidad con el nombre, hay una excelente colección de otras espadas, hechas en la Imperial Ciudad.

Quien entre en la Cámara de Comercio de Toledo, Ohío, verá la hermosa lámina en esmalte, presentada en 1976 por D. Juan Galiano de la Cruz a favor de la Cámara española. En la misma pared está colgada una obra, «La Cigarrilla», que fue pintada en Toledo, España, por el pintor Peces.

Al visitar la Biblioteca Central, los bibliófilos admiran inmediatamente una rara tapicería que muestra en muchos colores el escudo del Toledo de España. Esta exquisita obra era obsequio de la comisión de 1976. También en la biblioteca hay una colección de libros y manuscritos sobre la Imperial Ciudad.

El centro cultural más reciente de Toledo, Ohío, es la elegante Wildwood Manor House, que está situada en medio de un gran parque cubierto de bosques. El cuadro «Puente sobre el Tajo», obra de Romero Carrión, está en la Sala Verde de la casa.

Lástima es que no podamos durante el paseo por Toledo entrar también en las casas de los toledanos que han hecho viajes a la ciudad hermana en Espaa. En sus casas particulares he visto muchos recuerdos de sus visitas. Por ejemplo, Mrs. Robert Davies hace ver sus grabados de las escenas más conocidas de la Imperial Ciudad. Le gusta a Mrs. Wayne Stichter desplegar sus abanicos de encaje y sus vívidos platos. Mrs. John Potter pone de manifiesto sus objetos damasquinados y su mantilla de lujo. En su casa, Mrs. Dale Bruhl muestra su figurilla de caballero en cota de malla y un retrato en esmalte. Cuando hay huéspedes en su casa, Mr. John Yager señala una espada damasquinada y una muleta. Explica que la muleta es recuerdo de una fiesta empestre con tienta de vaquillas, con la que obsequió el Sr. D. Pedro Gandarias a los visitantes americanos en 1969, cuando pasaron una tarde en su finca. Porque toreó con mucho valor, demostrando la superioridad de la verónica española y el salto americano, Mr. Yager recibió como recompensa bien merecida la nerviosa muleta taurina

Hace diecisiete años, algunas organizaciones americanas, incluyendo la revista Readers's Digest y la Asociación Americana de Municipalidades, inauguraron un programa para honrar anualmente las ciudades hermanas de los Estados Unidos que efectúan proyectos meritorios promoviendo amistad internacional. El concurso está afiliado al programa Gente a Gente. Dos veces nuestro comité de relaciones ha recibido el primer premio entre las urbes del país que tienen población de más de trescientos mil habitantes. En 1962 se recibió el primer premio, tras

de la visita de la comisión española que pasó una semana en Toledo, Ohío. En 1966 se recibió el primer premio nuevamente, cuando el comité arregló el primer estremo mundial del film «El Greco» y estableció el fondo becario. Cada vez el comité recibió una placa, un certificado de honor y un cheque para la tesorería.

No es posible incluir en estas páginas los demás proyectos y acontecimientos que han sido inspirados por los recíprocos sentimientos cordiales que animan a los dos Toledos. Los que acabo de discutir son algunos que siempre salen los primeros de mi «Tesoro de Recuerdos».

Al pensar en la historia de mi Toledo, yo quisiera dar las gracias a aquellos primeros valerosos señores que fundaron en el valle del Maumee un pueblecito y le dieron el nombre del ilustre Toledo en España. El nombre «Toledo» resultó ser muy afortunado para nosotros, en la subsecuente historia del Toledo norteamericano. Seguimos gozando de muchos provechos y muchos privilegios que, enteramente debido al nombre, son los nuestros. Eso me hace pensar en un profesor de historia que yo conocía en la Universidad. Un día, en la clase, el profesor estaba discutiendo a Cleopatra, reina egipcia que con los ojos hizo más de lo que hicieron sus soldados con las espadas. El venerable pedagogo insistió que, si la nariz de la bellísima reina hubiese sido más larga por un centímetro, un largo capítulo de la historia de Europa hubiera sido diferente. Asimismo yo digo, análogamente que, si los fundadores de nuestra urbe hubieran escogido un nombre más largo (Constantinopla, por ejemplo) o más corto (Bakú), un importante capítulo de la historia de nuestra ciudad hubiera sido diferente. Al principio el nombre «Toledo» juntó espiritualmente a las dos poblaciones, que hasta hoy quedan unidas por un mutuo afecto que se ha manifestado en muchas ocasiones.

Además de enriquecer el ambiente de nuestros dos Toledos, las relaciones han enriquecido la vida de muchos individuos. Por ejemplo, gracias a mi participación en las relaciones, tengo muchos amigos, muchos intereses y muchas actividades que no tendría sin ser miembro del comité de relaciones.

Os aseguro que uno de los honores más importantes de mi vida se me confirió cuando fui nombrado académico correspon-

diente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. En mayo de 1976, cuando la comisión española estaba celebrando con nosotros el bicentenario del país, yo oí hablar por primera vez de la posibilidad de recibir este honor. Una noche, durante la estancia en Toledo de esos buenos amigos, nuestro comité ofreció una cena en el Belmont Club. Antes de la cena yo estaba charlando con los tres académicos, D. Julio Porres, D. Félix del Valle y D. José Miranda. Durante la conversación estos señores habían discutido brevemente los principios y los fines de la Real Academia y yo había escuchado con singular interés. A los pocos minutos no pude disimular ni mi sorpresa ni mi alegría, al oír decir que de vuelta en España éstos querían proponer mi nombre para la consideración de la directiva de la Academia. La posibilidad de ser académico correspondiente llenó de sincera emoción mi ánimo y me acuerdo de lo que al instante dije en voz alta:

## - ¡Qué fantástico! ¡Qué honor!

Pero, siendo un hombre expresivo, yo estaba diciendo al mismo tiempo para mi capote: «¿Qué puedo yo hacer en tal momento en el Belmont Club, para expresar mi felicidad y mi reconocimiento? ¿Un abrazo? Pero no estoy en España, y aquí hay americanos que observan. ¿Un correcto apretón de manos? ¡Claro que no! ¡Qué barbaridad! » Inmediatamente me acordé de una maravillosa costumbre española y les di a los tres académicos un fuerte abrazo.

Respecto al honor, no dije nada a mis amigos, antes de recibir del académico secretario D. Clemente Palencia la ratificación. Este papel llegó prontamente y os aseguro que me alegré mucho al recibirlo. Algún tiempo después, cuando recibí el anuario, me gustó muchísimo ver, entre tantos nombres distinguidos, mi nombre. Poco más tarde llegó el espléndido Título, que ahora queda colgado en una sala de mi casa. Lo muestro con orgullo a mucha gente, señalando a la vez, al lado del Título, las fotos del Salón de Mesa, sede de la Real Academia.

Tengo desde hace largos años muchos lazos personales con el Toledo de España; pero no hay ningún lazo más significativo que el que tengo con la muy respetada Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. A través de las distancias que nos separan yo quisiera enviar a la Corporación de la misma mis saludos más cordiales y mis mejores deseos. Me pongo a vuestra disposición, como leal representante en las relaciones entre nuestros dos países.

Como bien sabéis, los académicos numerarios que firmaron las propuestas tuvieron que pedir primero algunos datos personales y profesionales. Les envié lo que me pareció apropiado y pertinente. Sin embargo, si merezco el honor de ser socio, diría que al fin de la citada discusión en el Belmont Club el académico D. Julio Porres expresó una de mis calificaciones más a propósito, cuando me dijo:

—Fontaine, tú eres un buen amigo de España. No lo refuté.

Donald D. Fontaine,

Académico Correspondiente

## NOTA BIOGRAFICA DEL DR. D. FONTAINE

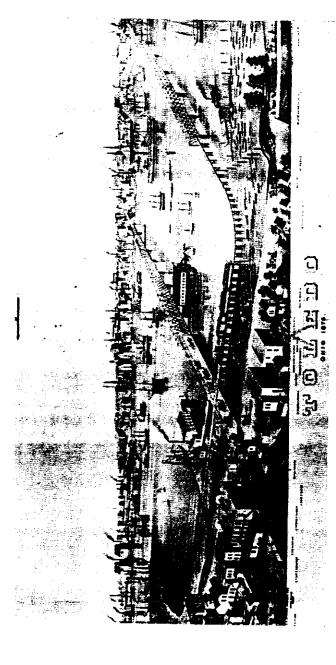


- Académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo desde 1976.
- 2. Nací en Banning, ciudad en el sur del Estado de California, muy cerca del Océano Pacífico. El más joven de una familia de seis hijos y cuatro hijas. En las cercanías de Banning hubo muchos recuerdos de los valientes españoles, que primero exploraron el vasto territorio y más tarde construyeron c a m i n o s, misiones y

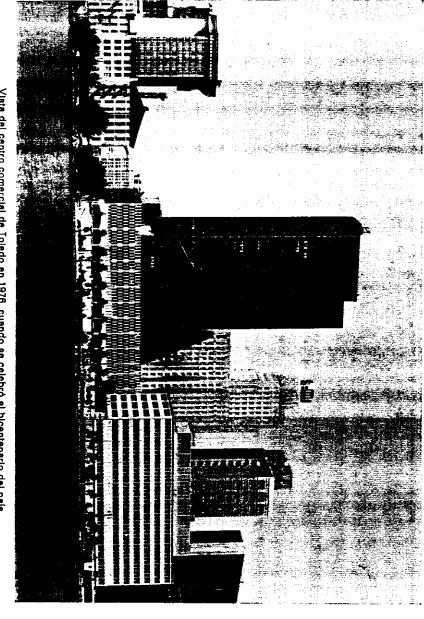
pueblos. Entre los amigos que tenía mi familia en California hubo americanos que hablaban con orgullo de sus antepasados españoles, que llevaban nombres españoles, y que residian en ciudades con nombres españoles, tales como Los Angeles, Santa Ana, Escondido, San Diego y San Juan de Capistrano.

- Más tarde mi familia se trasladó a Denver, capital del Estado de Colorado, abandonando las montañas San Gorgonio, de California, y saludando a las montañas Rocosas, de Colorado.
- 4. Después de terminar mis estudios secundarios en Denver, estudié en universidades en el Este del país, donde recibí los grados llamados en los Estados Unidos B. A. (bachillerato) y M. A. (maestro en artes). Seguí luego estudios avanzados en la Universidad de Colorado, la Universidad de La Habana y la Universidad de París.
- En 1974 me retiré, tras de 39 años de profesor. Pasé 35 de los 39 años en la misma escuela secundaria en Toledo, Ohío, siendo sucesivamente profesor, subadministrador y director.

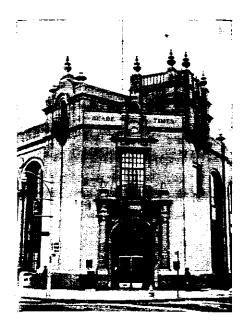
- Soy vocal activo del Comité de Relaciones con Toledo, España, desde la reasunción en 1958 de los dos comités. Durante 14 años fui secretario ejecutivo de la junta.
- 7. Escribí dos novelas, que fueron seleccionadas por el Book Club americano, *The Family Bookshelf*.
- 8. Para mí, la vida retirada es muy activa e interesante. Muchos pasatiempos. Leo mucho. Me gusta la música y la pintura. Tengo una colección de arte oriental. Y en la sala que llamo «Mi Sala Española», hay mis espadas toledanas, mi panoplia toledana, el modelo de un galeón español y mi título de la Real Academia. En el verano trabajo en mi jardín, desde donde tengo una excelente vista del valle del Maumee y del río del mismo nombre.
- He hecho muchos viajes a Europa e Inglaterra. También he visitado Rusia, Egipto, Israel, Grecia, Turquía, las Islas Griegas y Méjico.



Vista de Toledo, Ohío, en 1878, cuando se celebró el centenario de la república. La pobíación en aquel año era de 50.000 habitantes.



Los históricos edificios e la izquierda, a orilla del río Maumee, ahora restaurados, ae ven bajo la linea de la Vista del centro comercial de Toledo en 1976, cuendo se celebró el bicentenario del país. La población entonces era de 400.000 habitantes. parte alta central de la vista de 1876.



Oficina principal del diario The Toleo Bladed (La Hoja Toledana). Este titulo, que se escogió en 1835 como lazo de amistad entre los dos Toledos, sugiere que en sus responsabllidades públicas el periódico tiene intención de ser fuerte y al mismo tiempo flexible, como es la famosa espada toledana.

One Of America's Great Newspapers



En 1876, para rendir homenaje al centenario de la independencia de los Estados Unidos, el Toledo de España obseguió al Toledo Blade esta espada que desde hace ya más de un siglo se exhibe en la oficina principal. El escudo del diario muestra una espada toledana, inspirada por el obseguio.

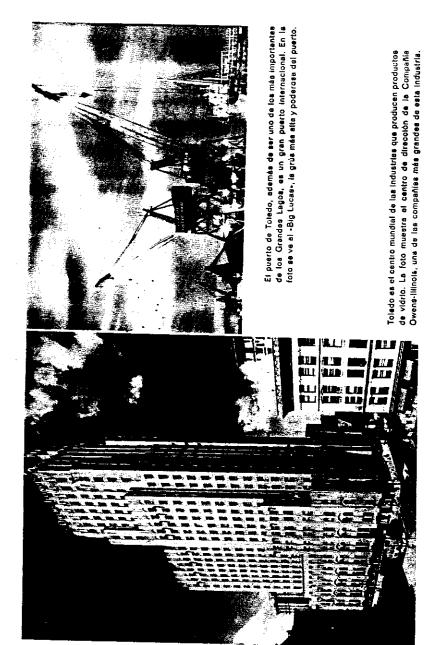


Cuando se celebro en 1971 el 40 aniversario de las relaciones entre los dos Taledos, se dedicó en el Toledo de Ohio la Plaza de Toledo, España. Aquí, el Sr. D. Carlos Fernando Espeso, consejero político de la Embajada de España en Washington, y et Sr. John Yager (derecha), presidente del Comité de Relaciones con Toledo, España, admiran la placa que se descubrió durante el acto de dedicacion. Detrás se ve el duplicado del Jeep que, a la vez, se entregó por American Motors Corporación a la ciudad hermana en España, como símbolo de la fraternidad entre las dos ciudades homónimae

En 1962, el Toledo norteamericano celebró su 125 antversario. Para rendir homensie a la fecha el Comité de Relaciones con Toledo, España, invitó a una comisión de miembros del comité español a pasar una semana en Toledo, Ohio. Más tarde, cuando se presenteron en Washington, D.C. los premios del concurso nacional subvencionado cada año por la revista Reader's Digest y la Asociación Americana de Municipalidades. honrando las cludades hermanas de los Estados Unidos que efectúan meritorios proyectos internacionales, el Toledo de Ohio recibió el primer premio entre las grandes ciudades del país. La

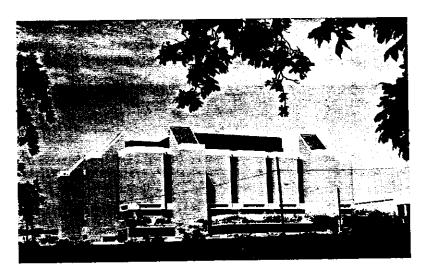


foto muestra a Donald Foniaine (Izquierda), secretario ejecutivo del comité, y al alcalde de Toledo, Ohio, muy alegres al recibir de Starling Fisher, director ejecutivo de la Asociación Reader's Digest, una placa grabada, un certificado de mérito y un cheque para la tesorería del comité.





University Hall es el centro administrativo de la Universidad de Toledo. El escudo de la Universidad está inspirado por el antiguo escudo toledano de los Reyes Católicos. En el despacho del rector hay dos cuadros, pintados por artistas del Toledo en España, y también se ve allí una magnifica panoplia, qua contiene diez espadas toledanas. Esos tesoros fueron obsequios de la comisión española que visitó a Toledo, Ohio, en 1962.

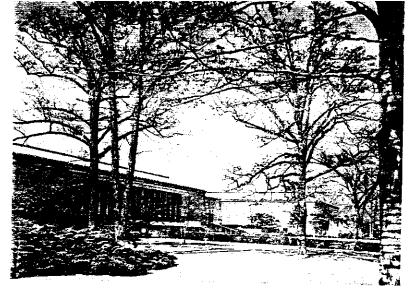


En la biblioteca de la Universidad de Toledo se halla la Sala de Toledo. España, que aloja una colección de libros y muchos objetos de arte que han venido de la ciudad hermana en España.

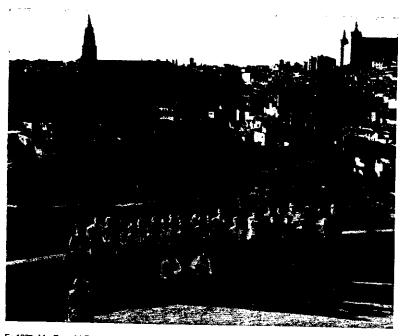


El emblema de la Universidad de Toledo, Ohío, es el antiguo escudo de los Reyes Católicos. En 1929 el Dr. Henry J. Doermann, rector entonces, obtuvo permiso para que la Universidad usase el escudo.

Desde aquel año, el escudo lleva el lema en español.



El Museo de Arte de Toledo, que se estableció en 1901, se considera uno de los más importantes y mejor organizados de los Estados Unidos. En sus 35 galerias publicas se hallan ejemplares de las artes de muchas civilizaciones, muchos países y riuchas edades. No hay duda que la colección de soberblos objetos de vidrio es la mejor del país. El edificio atoja tambien a una magnifica sala de conciertos, en forma de peristilo griego, y una Escuela de Arte.



En 1965, Mr. Donaid Fontaine, director entonces de una escuela secundaria de Toledo, y Miss Ethel Sager, consejera de alumnas en la misma escuela, acompañaron a 28 estudiantes de ella durante un viaje por España y Europa. En la foto aparecen Mr. Fontaine (sombrero), y Miss Sager (delante de Mr. Fontaine), con el grupo y los anfitriones españoles en la Imperial Ciudad.